
ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada, con una puerta en el fondo y cuatro laterales. Mesa en el centro con papeles y recado de escribir. Un reloj, una campana, un album con retratos, un velador, periódicos. Al levantarse el telón, aparecen EUGENIA, sentada en un sofá, como meditando, y DAVID, que entra de la calle y se detiene por un momento al verla.

ESCENA I.

EUGENIA y DAVID.

- David. (¡En qué estará pensando!)
(Acercándose) ¡Eugenia!
- Eug. Ah! ¿Eres tú, David? Qué pronto has vuelto, amigo mío.
- David. ¿Muy pronto?
- Eug. Por lo menos, no has tardado tanto como yo esperaba. Y á lo que parece, vienes muy contento, ¿no es verdad?
- David. Y con razón: figúrate que al volver

de Tacubaya me encontré, en el mismo tren en que yo venía, con un antiguo compañero de colegio, á quien tú no conoces, pero del cual te he hablado muchas veces, citándole como el mejor y más querido de mis amigos.

Eug. ¿Manuel Romea?

David. Sí, Manuel Romea. Muy buen muchacho: ya verás cuando lo trates. Y yo lo quiero mucho; como que es la personificación de mis recuerdos de estudiante, época, tal vez, la más hermosa de mi vida, puesto que entonces fue cuando te conocí.

Eug. Gracias, David. Y, dime: ¿has visto ya *El Siglo XIX* de ayer?

David. No. ¿Qué dice de importante?

Eug. Trae un párrafo en que se deshace en elogios para tí, diciendo que .. (*Toma un periódico y se lo enseña en el punto á que se refiere.*) mira, aquí está.

David. ¡Veamos! (*Leyendo.*) “Tenemos el gusto de anunciar á nuestros lectores que el célebre artista de cuyos triunfos hablamos en uno de nuestros números pasados, ha vuelto, después de cinco años de ausencia, á la tierra que le vió nacer. Sabemos que este tiempo lo ha empleado estudiando en Italia, y recorriendo las más hermosas ciudades del antiguo mundo; estamos seguros de que esto, unido á su talento y á su genio, hará que el joven artista se coloque á la altu-

“ra de los más afamados pintores mejicanos. Nosotros lo felicitamos sinceramente por sus triunfos, deseando para su frente todas las coronas que merece.”

Eug. ¿Ya lo ves?

David. Estas son picardías de algún buen amigo que me quiere, y que aumenta en su cariño el poco mérito que tengan mis pinturas. Porque, á la verdad, las pobres no merecen tanto. Y ahora que recuerdo, podría jurar que estas líneas han sido escritas por Manuel. Si, es uno de los redactores de *El Siglo XIX*. Ni sabe lo que se le espera cuando venga. Voy á regañarle. Afortunadamente estará aquí dentro de poco.

Eug. ¡Feliz de tí, que tienes quien te visite!

David. Si ayer apenas hemos llegado, ¿cómo quieres que vengan á visitarte tus amigas?

Eug. ¿Mis amigas?

David. ¡Vamos! todavía no tienes razón para quejarte. Ya ves yo: no he visto más que á Manuel, y eso por una casualidad, y, sin embargo, nada digo. Estoy seguro de que mañana van á acediar-nos todos nuestros conocidos, y..... (*En este momento, Marta, que llega, interrumpe á David, arrojándose á los brazos de Eugenia.*)

ESCENA II.

DICHOS, MARIA.

- Mar. ¡Eugenia!
 Eug. ¡María!
 Mar. ¡Tú!... tú!... después de tanto tiempo!..... dame otro abrazo..... déjame que te bese!..... ¿Y usted, David, bueno? (*Tendiéndole la mano.*)
- David. Como siempre, María; aunque no, no como siempre, sino mejor.
- Mar. Pues qué, ¿ha estado usted enfermo?
- David. Desde el momento en que dejé las playas de Veracruz.... Es tan hermoso este país de flores y de volcanes, tan puro este cielo bajo cuyo azul se deslizaron las primeras horas de mi vida, que, lejos de aquí, se sintió oprimido el corazón por una ansiedad inexplicable, por una especie de nostalgia, semejante á la que Adán debió experimentar al partir del Paraíso. Y luego, que yo no puedo prescindir de las mejicanas... son tan bellas.... tan adorables! . . .
- Mar. Gracias, en su nombre, mi querido amigo; pero no debiera usted decir eso, delante de Eugenia por lo menos.
- Eug. ¿Porqué, María?
- Mar. Porque te encelaras de ese cariño universal de tu marido, que, ya ves, hasta tiene la franqueza de decirlo.
- Eug. ¡Si te digo que es más enamorado!
- Mar. ¡Ah! Ah! ¿Conque esas tenemos?

- David. En cambio, Eugenia es la amiga más ingrata de todas las amigas.
- Mar. ¿Cómo?
- David. Cuando usted llegó, precisamente estaba acusando á todas sus antiguas compañeras de que la habían olvidado, y de que.....
- Eug. Es verdad, querida; pero tú me perdonarás que lo haya hecho en medio de mi soledad y aislamiento.
- Mar. Sin duda alguna, Eugenia, y puedes creer que si antes no he venido á verte, ha sido porque hasta hoy en la mañana me participaron la noticia de tu vuelta.
- David. Conque, señoritas, ustedes deben tener muchas cosas que decirse, y yo las dejo para que puedan hacerlo más libremente.
- Eug. ¿Te vas?
- David. Sí, querida; tengo un poco de que hacer por allá dentro, y quiero concluir esta misma tarde si es posible. María, que no sea ésta la última voz que nos visite.
- Mar. No tiene usted razón para decírmelo, David: soy demasiado egoísta, para no procurarme el placer de saludar á una hermana y á un amigo á quienes tanto quiero.
- David. Gracias
 (*Saluda y vase 2ª puerta izquierda.*)

ESCENA III.

EUGENIA, MARÍA.

- Mar. Y bien, Eugenia: ¿qué tal has pasado estos cinco años? ¿Te habrás divertido mucho..... habrás estado muy contenta?.....
- Eug. Sí, María; porque es un gran placer vivir al lado de un buen esposo, que nos ama, á quien amamos, y cuyos triunfos en países tan artísticos como la Italia, nos llenan de orgullo y satisfacción. ¡Si vieras cuánto gocé en mi pobre casita de Florencia, el día que supe por un periódico que un cuadro de David había obtenido el primer premio!..... ¡Oh!, en aquellos momentos, no me habría cambiado por nadie, absolutamente por nadie. Dejando á un lado el sentimiento nacional, haciendo abstracción del mejicano, el autor era mi esposo, y ya tú podrás figurarte que la cosa era para volverme loca. Los diarios no hablaban más que del pintor de *El tormento de Cuahutemotzín*, que era el asunto del cuadro, elogiándole y asegurándole un porvenir de gloria y celebridad.
- Mar. Estarías muy alegre ...
- Eug. ¡Y sin embargo!...
- Mar. ¿Y sin embargo, qué?... concluye.
- Eug. María: tú, más que mi amiga, eres mi hermana, y te lo puedo decir todo.

Cuando yo consideraba que era la mujer del artista á quien todos admiraban y á quien todos ansiaban conocer; cuando yo consideraba que era indigna de llevar su nombre, su nombre que era un título de gloria, y que yo manchaba con el mío, se anegaban en lágrimas mis ojos, y más de una vez me arrodillé para suplicar á Dios que me matara, que me matara para dejarle libre.

Mar.

¡Pobre Eugenia!

Eug.

Cuando en el paseo, cogida de su brazo, veía yo que alguno se fijaba en nosotros y hablaba al oído de su compañero, me parecía que aquel hombre estaba al tanto de mi situación, y que hasta se volvería á mí, para acusarme de haber unido mi nombre al de David. Y luego que los artistas se encuentran en una atmósfera tan luminosa, tan radiante, que el borrón más pequeño es advertido inmediatamente, y el mundo no perdona... el mundo no sólo mata al gusano, sino también al inocente botón que ha comido.

Mar.

¿Y David?

Eug.

David no me acusa; ha arrojado al olvido mi pasado; pero mi conciencia no, y la conciencia habla muy alto.

Mar. Es que tú no tienes que temer de la conciencia. Si tú le hubieras engañado, si te hubieras unido á él guardando tu secreto, vaya! pero una mujer

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIV. DE N. L.
 "ALFONSO MARTÍNEZ"
 1960. LOS MONTAÑEY, MEXICO

que tiene la abnegación y la lealtad de presentarse á los ojos de su amado con toda la espantosa realidad de la desgracia, no tiene de qué acusarse, si apesar de eso hay un hombre que le ofrece su corazón y su porvenir. Tú hiciste lo que debías, y aún más de lo que debías, para que David prescindiera de tu cariño; si no lo conseguiste, si él se olvidó de todo para enlazarse contigo, ninguno tiene derecho de culparte.

Eug. El mundo no sabe eso, el mundo creerá que yo he abusado de su amor para engañarle, y esto me desespera por David, que tal vez llegará á pensar lo mismo.

Mar. ¡Vamos! Eugenia, rechaza esos pensamientos que te hacen sufrir tan rudamente, y no te vuelvas á acordar de semejantes cosas.

Eug. ¡Ojalá fuera posible, María!

Mar. ¿Y por qué no?

Eug. Porque en situaciones como la mía, en todas partes, hasta en las sombras, los ojos no encuentran sino aquello precisamente que deseáramos arrojar de la memoria! . . . Pero dejemos esto á un lado, como dices tú muy bien. ¿Quieres visitar la pequeña galería que ha formado de sus cuadros nuestro artista?

Mar. Iba á suplicarte que me proporcionaras ese placer; así es que acepto, y te

doy las gracias por haberte anticipado á mis deseos.

ESCENA IV.

DICHAS y DAVID.

Dav. ¿Has oído sonar la campanilla, Eugenia?

Eug. No; hemos estado tan distraidas.....

Dav. Pues á mí me pareció... ¿pero ustedes iban á salir por lo que veo?

Mar. Sí, muy cerca.

Eug. Iba á enseñarle tus cuadros á María.

Dav. Ah! Muy bien.

Eug. Conque toma mi brazo, y vamos.

Mar. Vamos. (*Vanse primera puerta izquierda.*)

ESCENA V.

DAVID, luego MANUEL.

Dav. Si me habré engañado creyendo que tocaban. ¡Vaya! Vaya! Y ese chico que no viene.

Man. (*Entrando.*) ¡Querido David!

Dav. ¡Manuel! (*Se abrazan.*) Ya me figuraba yo que no vendrías. Siéntate, hombre, siéntate, y déjame que te mire á toda mi satisfacción; pero antes, dime, ¿todavía formas parte de la redacción de *El Siglo*?

Man. Sí, y comprendo por qué me lo preguntas. Has creído que el párrafo relativo á tí ha salido de mi pluma, ¿no es eso?

- Dav. Pues qué, ¿no es tuyo?
- Man. No, lo ha escrito un compañero que ni siquiera te conoce. ¡Ya verás!
- Dav. ¡Hombre! y yo que estaba en la firme persuasión de que era tuyo....
- Man. Conque, vamos á ver, cuéntame, ¿qué has hecho en todo este tiempo que has estado ausente?
- Dav. Poco menos que nada: pasearme en Roma ó Florencia casi todo el día, después de dar algunos brochazos en el lienzo, y volverme en seguida como tú lo ves.
- Man. Debías añadir: después de obtener varios triunfos en la tierra clásica de los artistas.
- Dav. ¿Triunfos?
- Man. Ya lo creo; en cuantos diarios florentinos caían á mis manos á fines del año pasado, siempre encontraba algún elogio para el autor de *El tormento de Cuahutemotzin*.
- Dav. Sí, ya recuerdo: un pobre cuadrito que tuvieron la bondad de premiar en la Exposición.
- Man. ¿Bondad, eh?
- Dav. No, Manuel, ni digas que es modestia; si lo conocieras, te convencerías de que en realidad vale bien poco.
- Man. Advierte que los italianos son peritos en la materia, y que algo debe valer tu cuadro, cuando obtuvo el primer premio.
- Dav. Una casualidad.....
- Man. Pasando á otra cosa, puesto que tus

- pinturas no merecen la pena, ¿qué tal viajaste?
- Dav. Algo; un poco de España, lo mismo que de Italia, Londres, París ...
- Man. Ah! estuviste en París, ¿y qué tal?
- Dav. Ya tú lo conoces, á pesar de no haberlo visitado. Una ciudad inmensa y populosa, donde está reconcentrado todo lo bueno y todo lo malo de la tierra. El cerebro de esa loca que se llama Francia, en el que es preciso estudiarla para comprenderla; porque, ciertamente, el que conoce á París, puede decir que conoce á los franceses. Ahí es dónde puede observarse el carácter de ese pueblo, mitad hombre y mitad niño, que por una parte desempiedra una calle para alzar una barricada, representado por sus obreros, y por otra se dirige á Mabilie, á divertirse, representado por una comparsa de estudiantes y grisetas.
- Man. Hombre, á propósito, ¿se baila allí mucho Can -Can?
- Dav. Mucho; el entusiasmo que ha producido ese baile casi raya en frenesí: aquello es una turba de furiosos, de salvajes, que se olvidan de todo para ensimismarse en sus piernas y en sus piés, y que saltan, se retuercen y se agitan. Ahí, en Mabilie, más que un sitio de recreo, le parece á uno encontrarse en el infierno, rodeado por los espíritus del vértigo.
- Man. ¿Y por supuesto que el Can -Can está

admitido en todas las clases de la sociedad?

Dav. En todas: no temo exagerarte, si te digo que de las tres cuartas partes de la población apenas habrá uno que no lo haya ensayado alguna vez. Lo que yo siento es que Méjico está contagiándose de tal manera en ese punto, que va á ser otro París dentro de poco.

Man. No; aquí el Can-Can está reducido al teatro, y nada más: unas cuantas bailarinas, de piernas más ó menos afrosiáticas, y hé aquí todo. El público lo aplaude, pero no lo acepta por fortuna.

Day. Yo me alegro, porque el tal bailecito no es de lo más moral, ni de lo más decente que digamos.

(Eugenia y María aparecen 1.ª puerta izquierda.)

Estas señoras, por lo menos, estoy seguro de que participan en todo de nuestra opinión.

ESCENA VI.

DICHOS, EUGENIA Y MARÍA.

Mar. Seguramente que sí. ¿Cómo vamos, Manuel?

Man. A los piés de usted, María.

Eug. *(A Manuel.)* Buenas tardes.

Man. Señorita. . . .

Mar. Conque ¿de qué se trataba cuando nosotras llegamos? He dicho que sí,

y quiero saber qué es ello, para conformarme, ó para. . . .

David. Decía yo que el Can-Can es una innovación en la coreografía que no debe aceptar nuestra sociedad.

Mar. Y tiene usted mucha razón.

Eug. Yo digo lo mismo que María.

Dav. ¡Ah, Eugenia! Antes de que se me olvide, quiero cumplirte mi promesa; te presento á mi amigo y hermano Manuel Romea. *(A Manuel.)* Mi esposa. Señora, mucho me lisenjea contarme desde ahora en el número de sus más rendidos servidores.

Eug. Gracias, caballero.

Man. Acabamos de tratar de baile, y aprovecho la oportunidad para invitarlos á uno que tendrá lugar en San Cosme esta misma noche. *(A María.)* He estado ya en la casa de usted á convidarla; pero ya que mi buena suerte ha hecho que la encuentre aquí, personalmente la invito, y confío en que aceptará como Eugenia, y como David.

Dav. Yo.

Man. No, no vayas á decirme que no puedes, porque no admito excusas de ninguna especie; me he comprometido á llevarte, y no creo que seas tú quien me haga faltar á mi palabra: afortunadamente traigo conmigo las esquelas.

Mar. Yo iré con una condición.

Man. ¿Cuál?

Mar. Que Eugenia pase por mí, para acompañarme.

- Man. ¿Qué dice usted á eso, Eugenia?
 Eug. Que á mí tal vez no me sea posible asistir, porque
- Mar. Entonces yo tampoco iré.
 Man. Nada, yo les entrego á ustedes sus billetes; si no los aceptan, pueden romperlos en el acto, porque yo no los recijo.
- Dav. Pues si te empeñas, iremos: querida Eugenia, puedes prepararte para ir á tiempo por María.
- Mar. ¿Es decir que se admite mi condición?
 Eug. Ya lo ves.
 Mar. Pues me voy, y á las nueve te espero en casa; ya tú sabes: la misma donde he vivido siempre. Conque, señores, hasta la vista.
- Eug. Voy á acompañarte. Usted tendrá la bondad (*A Manuel.*) de perdonarme si lo dejo para ir á disponer lo necesario.
- Man. Con tal de que usted me dé la primera danza, y consiga de María que me dé también el primer vals, le ofrezco á usted mi más completo perdón.
- Mar. Es usted algo exigente, pero por mi parte
- Eug. Puede usted contar con esas piezas.
 Man. Gracias.
 Mar. Conque hasta la noche.
 Dav. Hasta la noche.
 Eug. ¡Caballero! (*Saludando á Manuel.*)
 Man. ¡Señorita! Hasta San Cosme.
 (*Manuel y David las acompañan hasta la puerta del foro.*)

ESCENA VII.

DAVID Y MANUEL.

- Man. Querido; ¿cómo es que en tus cartas no me contaste que te habías casado? Al día siguiente de tu partida se supo aquí que te habías llevado una muchacha, pero eso lo tomé yo por una simple locura juvenil y nada más. Yo ignoraba, aunque, ahora me lo supongo, que esa compañera de viaje era tu esposa.
- Dav. En efecto, Manuel, era mi esposa.
 Man. Permíteme que te diga que no entiendo una palabra. En aquel tiempo yo era tu amigo más íntimo, el que te acompañaba á todas partes, y entre tus novias no recuerdo haber conocido ningun Eugenia. La última de que me hablaste fué Margarita, la querida de D. Ramiro; pero á esa ni la cuento, porque para haberle dado tu nombre, era preciso que antes hubieras perdido la razón.
- Dav. Según eso, ¿tú no te habrías enlazado con ella?
 Man. ¡Hombre, no!
 Dav. ¿Y por qué?
 Man. En primer lugar por mí; y en segundo lugar por los demás.
- Dav. No te comprendo.
 Man. ¿Tú crees en la rehabilitación de la mujer caída?
 Dav. Sí: yo sostengo que la mujer es reha-

bilitable, cuando su alma se ha conservado pura, y, sobre todo, cuando su falta ha tenido por móvil, no la vanidad ni los placeres, sino un sentimiento noble y generoso, el de salvar la vida de una madre, como en ese caso.

Man. El fin no justifica los medios, y el mundo jamás olvida ese refrán. Cuando ve uno de sus miembros gangrenado, teme corromperse, y, sin preguntar la causa, se contenta simplemente con cortarlo. Por lo demás, no hace sino lo que tú mismo harías en circunstancias semejantes.

Dav. ¿Yo?.....

Man. Es claro, y te lo voy á probar en dos palabras. Un día, por ejemplo, ves á un asesino que me ataca puñal en mano, y te interpones; de esto resulta que me salvas, pero á costa de tu brazo que ha recibido todos los golpes en la lucha; pues bien, si á consecuencia de esto se te gangrena, ¿te detienes en cortarlo porque haya sido el salvador de un amigo tuyo?

Dav. Si puede sanar, lo deajo.

Man. El hecho es que eso es imposible, ó por lo menos muy difícil. Mientras el médico *Sociedad* no se convenza de que un miembro podrido es susceptible de curarse, no ha de prescindir de su sistema.

Dav. Manuel, veo que eres muy severo en tus apreciaciones.

Man. Estoy seguro de que tú piensas como yo; defiendes el caso, y no me extraña, porque Margarita está comprendida en él; pero, en el fondo, tú me concedes la razón.

Dav. (*Con entusiasmo creciente.*) Te engañas: yo no defiendo el caso por Margarita, como dices, sino porque es mi convicción, porque es mi creencia, que cualquier culpable puede rehabilitarse de sus faltas. ¡Yo no condeno como la sociedad al presidiario que ha robado un pedazo de pan para sus hijos, yo no condeno á la pobre mujer sin educación y abandonada, que el día que se muere de hambre se vende en el vértigo de la miseria, por unas migajas de mendrugo!..... ¡Yo á quien condeno es á la sociedad que no da trabajo al artesano!... ¡Al que no educa á la mujer!... ¡Al que la compra! ¡Yo á quien condeno es á la sociedad que se enfanga y después se asusta de sí misma!... ¡A esa madre que arroja á sus hijos en el albañal y que después no quiere reconocerlos!

Man. ¿Y qué le vamos á hacer? Yo quiero convenir contigo en que sea una injusticia imperdonable que los hombres castiguen faltas, de las que tal vez son cómplices; pero está demasiado arraigada para que tú, ó yo, abriguemos la esperanza de destruirla.

Dav. No: yo tengo mis ideas y mi manera

de ver las cosas; pero sin la pretensión de hacérselas admitir á la sociedad. Ella puede seguir el camino que le cuadre: yo, por mi parte, lo que nunca haré será sacrificar, en aras de sus caprichos y de sus necesidades, ni mis sentimientos, ni mi corazón.

Man. Pues serás un mártir.

Dav. Mártir es mejor que necio.

Man. Sin embargo.....

Dav. Dime, Manuel: un hombre que piensa y siente y obra por sí mismo sin consultar con la multitud, tú, por ejemplo, si un día te encontraras con una mujer, ángel en el fondo y meretriz en la superficie, que por la primera vez despertara en tí ese anacronismo del sentimiento que se llama amor; si al lado de esa mujer divisaras un horizonte de cielos y un porvenir de felicidad, ¿renunciarías á todo esto por el mundo?

Man. Francamente, sí!

Dav. ¡Mentira!

Man. ¿Mentira?

Dav. Tú no eres tan miserable para dejarte vencer por la preocupación.

Man. Prescindo del *Qué dirán*.

Dav. Entonces.....

Man. Pero no prescindo de mí mismo.

Dav. ¿Qué quieres decir con eso?

Man. Supongamos por un momento que tú fueras esposo de Margarita. Dime: ¿no es verdad que en medio de tus

efusiones íntimas con ella, cuando febricitante y ebrio la tuvieras en tus brazos acariciándola, ¿no es verdad que sentirías algo como el infierno, ante el recuerdo de que aquellos labios estaban manchados por el ósculo de la impureza?

s
m
Suponiendo que tú fueras esposo de Margarita, si mañana te diera un hijo, ¿no es verdad que ese hijo tendría derecho á maldecirte por haberle dado una madre, cuya mancha se reflejara sobre su frente? Pero..... ¡já! ¡já! ¡já! estamos tomando este asunto tan á lo serio, que no parece sino que mi suposición es verdadera, según el ceño que me estás poniendo. ¡Vamos! querido David, espero haberte convencido por completo, y me retiro contando con que esta noche me referirás entre dos ponches todas las circunstancias y todos los pormenores de tu enlace. Yo te conozco, y deben ser interesantes, porque tú tienes muy buen gusto en materia de aventuras. *(Toma su sombrero.)*

Conque, arreglarse y hasta la vista! *(Tendiéndole la mano.)*

Dav. *(Secamente.)*

Adiós.

Man. *(Desde la puerta.)*

Mis saludos para Eugenia.

ESCENA VIII.

DAVID SOLO.

Apoiado en un sillón permanece algunos instantes con la mirada fija y como anonadado. En sus palabras como en su acción se hará notar la lucha que sostiene.

Expresiones para Eugenia... Sí, para Margarita!... Y yo que nunca me había fijado en ello!... ¡Manuel tiene razón! Sus primeros besos, sus primeras caricias.... ¡Oh! en este momento es cuando estoy sintiendo ese torcedor de los recuerdos, ese infernal suplicio del pasado!.... ¡Es verdad! Yo creía tener valor para vencer esa preocupación á fuerza de cariño; pero, desde hoy, ya no podré verla sin.... ¡Esto es horrible! Y luego, si yo tuviera un hijo..... ¡Dios mío! ¿qué he hecho para que me castigues de este modo? *(Pausa.)* Nada! mi porvenir destruido.....! mis ilusiones tronchadas.....! De hoy más, no seré sino la befa de la sociedad, que me escupirá á la cara ese nombre de lodo..... ¡Margarita! ¡Ah! ¡Manuel no sabe lo que sus palabras han hecho germinar en mi corazón....! ¡Y el baile....! ¡Es preciso que Eugenia vaya al baile...! Exploraré el terreno, así tendré algo á qué atenerme.

ESCENA IX.

DAVID Y EUGENIA.

- Eug. ¡Amigo mío!
 Dav. ¡Margarita... Eugenia!
 Eug. *(Con amargura.)*
 David, ¿por qué pronuncias ese nombre? ¿Tienes algún motivo de queja contra mí?
 Dav. Yo.....
 Eug. ¿Juzgas acaso que no es suficiente lo que sufro, lo que el mundo me hará sufrir mañana para expiar una falta que....
 Dav. *(Como temiendo ser oído.)*
 ¡Silencio!
 Eug. Y añades tú también tu insulto...?
 Dav. Eugenia....
 Eug. ¿Crees que sea necesario que oiga yo ese nombre para acordarme de aquel tiempo en que era la...
 Dav. ¡Silencio!
 Eug. ¡Ah! yo pensaba que jamás encontraría un tormento más espantoso que el que llevo en mí misma hace cinco años, y sin embargo....
 Dav. ¡Vamos! perdóname... yo te juro que... que no tuve ningún objeto al decirte esa palabra.... brotó de mis labios sin saber cómo... yo te aseguro que jamás volverá á sonar en tus oídos!..
 ¿Estás contenta?
 Eug. ¡David!
 Dav. No llores.... es la primera vez que

cometo esa inadvertencia, y te ruego que me disculpes! . . . Me parece que tengo derecho para pedirte ese favor.

Eug. Está bien.

Dav. ¿Y ya has arreglado todo lo necesario para ir al baile?

Eug. ¿El baile? No, todavía no.

Dav. ¡Perezosa! pues apresúrate mientras yo voy á hacer lo mismo, porque á las nueve prometiste estar en la casa de María.

Eug. ¡Es verdad!

(David se retira volviendo la cara y deteniéndose á cada paso para mirar á Eugenia. Al llegar á la 2ª pueria derecha, termina la vacilación de que ha estado poseído, y como resolviéndose, retrocede apresuradamente hasta Eugenia, cuya cabeza coje entre sus manos para besarla, soltándola bruscamente en el instante de ir á hacerlo.)

Dav. ¡No! *(Vase precipitadamente.)*

Eug. ¡Ah! *(Cae desplomada en el sillón cercano.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salón de descanso, profusamente iluminado, con dos puertas al foro, á través de las cuales se verá un patio con una fuente en el centro, rodeada de tiestos con madresevas y otras plantas trepadoras. En el salón, espejos, cuadros, columnas, bustos, sofás, sillones, consolas, alfombra, candil, candelabros, todo de lujo y colocado con gusto.

ESCENA I.

D. RAMIRO.

¡Vaya una casualidad! ¡Ella aquí! Lo que yo menos me podía esperar en este baile. Después de cinco años en que casi había acabado por olvidarla, se me aparece derepente con su verdadero nombre, y casada nada menos que con el pintorcito de David, que tiene todo el descaro suficiente para traerla á una tertulia y presentarla como su esposa. ¡Y qué bien se habrán reído de mí los dos palomos! . . . Es claro, después de la partida que me jugaron. . . . pero ya, ya les arreglaré las cuentas.